

asombrados, confusos, y dándose golpes en el pecho; y vosotros despues de haberle visto con los ojos de la fe, como le descendieron de la cruz y le pusieron en los brazos de su santísima Madre, ni os llenais de confusion por vuestras culpas, ni aborreceis vuestros pecados; y excediendo en insensibilidad á los mismos peñascos, todavía os hallais con ánimo de arrancar el cadáver de Jesucristo de los brazos de su Madre y volverle á crucificar por la repeticion lastimosa de vuestras culpas. *Rursum crucifigentes sibi metipsis Filium Dei*, como nos lo asegura san Pablo ¹. Con tan resuelto furor y formidable crueldad os hallais, ¡oh miserables pecadores! Sí, ciertamente. Tan atrevidos volveréis á pecar: tan olvidados de los grandes, de los innumerables, de los infinitos beneficios que acabais de recibir del Hijo y de la Madre: tan temerarios reincidiréis en vuestros vicios, sin reflexionar que Dios tiene puesto número y tasa á los auxilios que os ha de dar, á los dias que habeis de vivir y á los pecados que habeis de cometer; y el primero podrá ser el último: el primero podrá completar los terribles y ocultos juicios del Señor: el primero podrá poner el sello á vuestra eterna reprobacion. ¡Qué temeridad, amados pecadores de mi alma! ¡Qué ingratitud para con un Dios tan bueno y una Madre tan amable! Entrad en vosotros mismos, reflexionad estas verdades tan útiles para vosotros, y resolveos á dejar el vicio y practicar la virtud: resolveos á separaros de las malas compañías, á huir de las ocasiones peligrosas, á poner en arreglo vuestra conciencia y los temporales asuntos de vuestras casas, á buscar un confesor sábio y virtuoso, á frecuentar segun su direccion los Sacramentos, á dedicaros á la oracion, á mortificar las pasiones y cumplir con las obligaciones de vuestra oficina, de vuestro tribunal, de vuestro taller y vuestros campos: amando á vuestras mujeres, doctrinando en santo temor de Dios vuestros hijos, y procurando como buenos ciudadanos el bien de vuestro pueblo. Si de este modo arreglais vuestras costumbres, Dios perdonará vuestros pecados, se olvidará de vuestras iniquidades, y os colmará de sus grandes misericordias. Pero ¡ay! ¡ay de vosotros, si dejais pasar este tiempo aceptable y de salud! ¡Ay! si sordos á estas amorosas voces que os da vuestra santa Religion por medio de este su indigno ministro, continuais en vuestros desórdenes! Porque si Dios ahora calla, ahora sufre, ahora permite que le insulten, que le atropellen, que le ultrajen y le ofendan, tiempo vendrá, y bien presto, en que man-

¹ Hebr. vi, 6.

dará que comparezcai en su rectísimo tribunal para darle cuenta de vuestra conducta. Entonces, ¿qué será? ¿Cómo lo pasaréis entonces, amados pecadores? ¿Quién os favorecerá? ¿Quién os dará seguridad? Pensadlo bien: pensadlo ahora bien, si no quereis pecar por toda la eternidad. Y vosotras, almas virtuosas, almas justificadas, que habiendo lavado con lágrimas vuestras culpas en el tribunal de la santa Penitencia, os hallais en gracia y amistad de Dios, venid, venid conmigo, y ofrezcamos todos á la Virgen algun obsequio. Ofrezcámosla los brazos para sostener alguna parte del peso que la Virgen experimenta con el difunto cuerpo de su Hijo amado: ofrezcámosla lágrimas de nuestros ojos para lavarle las heridas y la sangre: ofrezcámosla las telas de nuestro corazon para envolverle y depositarle en un sepulcro nuevo. Venid conmigo, y aunque la dejemos sola, supliquémosla que nos conceda el venerable cadáver para darle sepultura en compañía de José de Arimatea, Nicodemus, san Juan y las Marías.

Tercera parte: María quedó sola sin el alma y cuerpo de su Hijo al depositarlo en el sepulcro.

13. Efectivamente, amados míos, la divina Sabiduría había ordenado que así como Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena, de la misma suerte el Hijo del Hombre había de estar en el corazon de la tierra; y como la Reina soberana no ignoraba esta profecía, consintió en entregar el cuerpo de su Hijo para que le diesen sepultura. Atended como caminan los dos piadosos caballeros José y Nicodemus, llevando en unos lienzos el lastimado cuerpo del Salvador: eran seguidos del discípulo amado, de la discípula amante y de las otras Marías, parientas muy cercanas de Jesús: iba cerrando la mas lúgubre procesion que vieron jamás los siglos la afligidísima Madre, vertiendo arroyos de lágrimas de sus ojos, y arrancando del corazon los mas profundos suspiros. Los Ángeles del cielo no dejarían de acompañar el triste entierro, mostrando la interior amargura de su espíritu, á pesar de su misma impasibilidad ¹. Todos caminarían con paso grave, con porte recogido, con semblante triste y con el mayor silencio, interrumpido solamente con los lamentos de aquella afligidísima comitiva. Los planetas mirarian desde el cielo con susto y veneracion la escena trágica: los árboles y pe-

¹ Ecce videntes clamabant foris, Angeli pacis amare fiebunt. (Isai. xxiii, v. 7).

ñascos darian señas de sentimiento, y los elementos callarian, no habiendo aun podido recobrar la voz desde que la perdieron por el horror y escándalo del deicidio. Así caminarian hasta el monumento; y si damos á san Bernardo la fe que se merece, estando ya los nobles varones para dejar caer la piedra que cerraba el sepulcro, y robar de los ojos de la Virgen los despojos sangrientos de su Hijo, les rogó con muchas lágrimas que descubriesen un poco por la última vez el rostro de Jesús, pues queria darle el último de sus abrazos y maternales ósculos. Condescendieron á su piadoso deseo, y levantando el sudario ó lienzo que le cubria, se arrojó amorosa sobre aquel rostro, repitiendo el cambio de lágrimas por sangre, lavando el rostro de su Hijo con las avenidas de sus ojos, y señalándose el rostro de la Madre con la sangre de las heridas del Hijo. ¡Qué lágrimas tan devotas derramarían los piadosos varones, el Evangelista amado, María Magdalena y las otras devotas mujeres, mirando á la Virgen Madre abrazada cariñosamente con el dulce Nazareno, acercándole á su corazón, venerándole con el afecto mas puro, honrándole con los suspiros mas tiernos, y sin poder separarse de aquel amable objeto de sus amores! Señora, no mas, dirían José y Nicodemus; Madre mia, diría san Juan: Maestra mia, clamaria la Magdalena, basta ya, Señora, tanto llorar. Poned término á vuestras lágrimas: bastante habeis llorado para demostracion de vuestro amor y desahogo de vuestra pena: haceos violencia, ó dulcísima Madre de nuestro crucificado Redentor, porque no llegueis al término de vuestra vida con la fuerza de tanta pena y dolor. Si la muerte de vuestro Hijo y nuestro santísimo y sapientísimo Maestro nunca puede llorarse bastantemente, consolaos siquiera con que ninguna otra criatura ha llorado mas amargamente, mas intensamente ni mas virtuosamente que Vos; y si no habeis ya muerto de dolor al veros sola sin vuestro Hijo amado, contado por un gran milagro de la divina Providencia. Nuestros corazones se parten de dolor á la presencia del cadáver de nuestro divino Maestro y de vuestra dolorosísima soledad: no nos obligueis, Señora, muriendo finalmente Vos á la violencia de vuestros sentimientos, á hacer dos entierros en un sepulcro mismo. Pero ¡ay! ¡qué desgracia tan apetecida de la Virgen, haber muerto en aquel abrazo afectuosísimo de su Hijo! ¡Oh, con cuántas ansias deseaba ser enterrada con su Jesús! Ninguna otra mansion de la tierra la era mas apetecible que aquel sepulcro, si por entonces funesto y lóbrego, despues feliz y eternamente glorioso. Consideraria la Vir-

gen Madre una superabundante recompensa de todas sus amarguras, si la muerte hubiera dado á su vida un golpe tan apetecido y tan oportuno, que la proporcionase el ser enterrada en el sepulcro mismo de Jesucristo su Hijo. Y si esta gracia en el conocimiento que tenia María santísima de los sucesos futuros de la santa Iglesia, para cuya defensa y propagacion la conservaba el Omnipotente, era de difícil concesion; ¿cuánto hubiera deseado el que ella misma sirviera de sepulcro en aquella ocasion, para que por un círculo dichoso reposase difunto el cuerpo de su Hijo Jesús en el mismo tálamo virginal de su Madre, donde habia sido concebido? Pero ya que la Virgen Madre no consiguió ser enterrada con Jesús, ni ser el sepulcro de Jesús, enterró á lo menos con Jesús su alma, su corazón y todos sus amores, como dicen san Fulgencio y san Jerónimo: *In tumulo sepelivit amores suos.*

14. Ya no convenia diferir mas el entierro del Autor de nuestra salud, y por tanto, volviendo á cubrir el rostro con el sudario, acompañando el movimiento de la grande piedra que cerraba el sepulcro, con nuevos gemidos y nuevas lágrimas de toda aquella dolorida comitiva quedó enterrado, cerrado y sellado el sacrosanto cuerpo de nuestro Salvador Jesús. Levantó entonces la Virgen mas altos los suspiros, fueron mas abundantes y mas amargas sus lágrimas, mas tiernos y expresivos sus sentimientos; abrazaba la piedra con el afecto mas sensible, la daba mil dolorosos ósculos, la hablaba con suavísimas palabras, y al parecer pretendia dar sepultura en su corazón al venerable sepulcro del Redentor. La dura piedra dió señas de enternecerse, y como si no quisiese perder la ocasion de poder testificar el intensísimo dolor de la dulce Madre, conserva hoy dia, dice san Bernardo ¹, las señas de sus lágrimas: *Ejus lacrymæ apparere dicuntur in monumento, indicativa doloris intimi.*

15. ¡Oh afligidísima Señora, estoy firmemente persuadido que así como esta fue vuestra última soledad quedando sin el cuerpo y sin el alma de vuestro amado, así tambien fue esta la mayor pena que traspasó vuestro purísimo corazón! ¡Ay de mí! que sola la memoria de la soledad en que quedais, me llena el espíritu de funestas imágenes, y deja caer sobre mi corazón una oscurísima noche! ¿Qué hacíais, Señora; en qué os ocupábais, ó dulcísima Madre nuestra, cuando volviendo á vuestra casa os vísteis sola en ella? ¡Oh carísimos oyentes, qué pensamiento tan natural, pero qué

¹ Div. Bern. de Lament. Virg.

melancólico, qué doloroso, qué triste! Aquí, diría la Virgen, aquí está el aposento en que mi unigénito Hijo oraba á su eterno Padre. Aquí pedía por la conversion de los pecadores y la santificacion de los justos. Aquí derramaba amorosas lágrimas por la redencion del mundo todo. Aquí meditaba aquella grande obra que despues habia de consumir en el Calvario. Aquí se fraguó la destruccion de la ciega gentilidad, la dispersion de la ingrata Sinagoga, y el establecimiento de la suave y santa ley de gracia. Aquí dispuso el terror del infierno, la muerte del pecado, el triunfo de la muerte, la abertura de las puertas del cielo, el remedio de los hombres, la alegría de los Ángeles, y la mayor gloria de Dios. Aquí se establecieron y ordenaron en la divina mente de mi Hijo tan magníficos sacramentos. Aquí mismo, este propio sitio está bañado con las lágrimas de aquellos amables ojos. Pero ¡ay! ellos no existen sobre la tierra. Veo aquí sus lágrimas, mas no los ojos que las lloraron con una caridad infinita.

16. Este otro aposento, continuaria lamentándose la Virgen, es donde trabajaba mi Hijo con mi santo y casto esposo José, para dar ejemplo á los hombres de toda virtud. Aquí trabajaban aquellas manos que criaron los cielos y la tierra. Pero ¡ay de mí! ya se me ausentó aquel dulce objeto de mi amor; y el taller es para mí un recuerdo triste de mi amarga soledad. Esta es la tarima en que como hombre verdadero descansaba, esta la mesa en que se alimentaba con las viandas que esta su afligida Madre le servia: estos los muebles de que usaba cuando vivia entre los hombres; pero ahora... ahora ya mis ojos no le descubren; y mirando religiosamente todos los aposentos de su humilde casa, no dejaria en toda ella sitio alguno que no honrase con sus lágrimas, por haber sido consagrado con la presencia de su Hijo Jesús, Dios y hombre verdadero. Lleno su espíritu de tristes imágenes, y secundos sus pensamientos de especies dolorosas, recorria con la imaginacion todos los lugares donde su Hijo habia estado y padecido algun tormento, y veia en ellos toda la série de su dolorosísima pasion. Repasaba en su entendimiento que las impías y sacrílegas intenciones de Judas le vendian y entregaban á los judíos: cómo estos le prendian y ataban: cómo con repetidas contumelias le afligian: cómo abofeteaban y escupian en aquel hermoso y divino rostro, en que deseaban mirarse los Ángeles: cómo le azotaban y coronaban de espinas con la crueldad mas furiosa é inaudita: cómo le hacian llevar hasta el Calvario la sacrosanta cruz en que le clavaron en el dia

mas solemne ante el concurso mas numeroso, en la corte misma, en el lugar de los ajusticiados, entre los lamentos de los que le lloraban, entre los oprobios de los que le escarnecian, entre los insultos de los envidiosos, entre las complacencias de los que le maldecian, y entre las irrisiones de los que le despreciaban. Esta innumerable multitud de oprobios, irrisiones, calumnias, desprecios, afrentas, clavos, cruz, lanza, penas, dolores y muerte, era toda la triste compañía de nuestra amable Reina en su amarguísima soledad. Sola quedó cuando espiró su Hijo en la cruz; pero tenia el consuelo, aunque débil, de mirar su cuerpo ya que le faltaba su alma. Sola quedó cuando le soltó de sus brazos por haberse desprendido aun del cuerpo de su amado para entregarle al sepulcro; mas entre tanto logró el alivio, aunque pequeño, de estrecharle entre sus brazos y acercarle á su corazón; pero ahora en esta tercera y última soledad, ni tenia el alma, ni poseia el cuerpo de su amado, y solo experimentaba en el espíritu tristezas inconsolables y afectos dolorosísimos: en su entendimiento ideas de afliccion, en su memoria recuerdos penetrantes, en sus ojos objetos melancólicos, en sus oídos las contumelias é irrisiones, en su paladar la hiel y vinagre que ofrecieron á su amado para apagarle la sed, en la cabeza las espinas, en los piés y manos los clavos, en los hombros la cruz y en el corazón la lanza. *Modò ludibria, dice el devoto Padre san Bernardo, modò crucis angaria, modò clavorum vulnera, modò mortem, mortem autem crucis, amaro corde opprobriosam Filii sui passionem revolvebat.* En suma, amado pueblo mio, María santísima Señora nuestra quedó en la mas triste, en la mas profunda y en la mas universal soledad que puede imaginarse, por haber quedado sola en la muerte de su Hijo, sola cuando le dejó en sus brazos, y sola cuando le depositó en el sepulcro. Sola sin el alma: sola sin el cuerpo; y sola sin el cuerpo y el alma de su amado Hijo Jesús, Dios y hombre verdadero: *Posuit me desolatam, tota die morore confectam.*

17. Acabo de representaros del modo que he podido la triste soledad de María santísima. El asunto excede la capacidad humana. Se trata de un Dios verdadero, eterno, infinito, inmenso, omnipotente, que, hecho hombre por amor del hombre, padece la muerte mas cruel é ignominiosa por la redencion de todo el linaje humano; y se trata de su purísima Virgen Madre, llena de todas las gracias, de todas las virtudes y de todos los dones del Espíritu Santo, que se compadece y siente de un modo solo comprendido

de su grande alma la muerte de su Hijo amado. No extrañéis que haya llenado tan débilmente vuestras esperanzas y mis deseos en la explicacion de unos misterios tan superiores al entendimiento de los hombres, y aun á la comprension de los mismos Ángeles. Sin embargo, lo poco y mal dispuesto que he dicho, es mas que suficiente, si teneis fe, para mover vuestro corazon á la detestacion de los vicios, al amor de las virtudes, al agradecimiento de las misericordias de Jesús, y á la mas tierna y sólida devocion á María santísima su Madre. Nada mas útil, nada mas importante y necesario para vosotros y para mí que la verificacion de este santo pensamiento. ¡Qué feliz seria yo si pudiese llegar á los piés de la Virgen con la conquista de algunas almas, que hasta ahora se habian resistido á las eternas y pavorosas verdades que desde esta cátedra del Espíritu Santo les han anunciado en esta Cuaresma! ¡Qué afortunados seriais vosotros si yo pudiera con verdad decir á esta triste Madre: Este cristiano, Señora, era un hombre impuro, que con sus liviandades azotaba las carnes inmaculadas de Jesús: este otro era un soberbio que con sus atrevidos pensamientos le coronaba de espinas: aquel era un rencoroso, que negando el perdon á su enemigo, aumentaba el enorme peso de su cruz: el otro era un avaro, que ocultando codiciosamente sus bienes á la presencia de las urgentes necesidades de los pobres, le clavaba en la santa cruz: este era un injusto que perjudicando gravemente á su prójimo, pasaba el pecho de vuestro Hijo con la lanza de su pecado. Pero ahora, Señora, todos arrojan las armas, todos se rinden, y todos piden misericordia á vuestro Hijo Jesucristo, condolidos de vuestra amarguísima soledad. Recibid, ó dulce Madre mia, todas estas almas. Defendedlas con vuestro poder, asistidlas en la vida, acompañadlas en la muerte, y procuradlas con vuestra efficacísima intercesion el eterno descanso de la gloria, donde todos os veamos por los siglos de los siglos. Amen.

SENTENCIAS DE LA ESCRITURA Y DE LOS SANTOS PADRES
SOBRE LA SOLEDAD.

Dolor meus in conspectu meo semper, et anni mei in gemitibus.
(*Psalm. XXXVII*).

Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi quotidie, ubi est Deus tuus? (*Psalm. XLI*).

Lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum. (*Psalm. XXVII*).

Idcirco ego plorans, et oculus meus deducens aquas, quia longe factus est à me consolator meus. (*Thren. I*).

Quale gaudium erit mihi, qui in tenebris sedeo, et lumen cœli non video? (*Tob. VI*).

Vehementer doluit, quia vehementer amabat. (*Orig. hom. infr. oct. Epiph.*).

Perdiderat illa quæ dederat Deus, sed habebat ipsum Deum. (*S. Aug.*).

Cor tuum undique vulneratum conjunge cordi nostro ut sic tecum tui intimi servi vulneribus pariter vulnerentur. (*S. Bonav. in stim. am.*).

Iste dolor erat meus maximus, quia videbam me deseri ab eo quem genueram, nec supererat alius, quia mihi erat unicus. (*S. Bern. de lament. Virg.*).

Erat in anima illa tempestas valida, occurrentibus sibi procellis, et quasi in sartagine frixis medullis, ebulliebant amaritudines. (*Arnold. de 7 verb.*).

Videte si est dolor sicut dolor meus. (*Thren. I, 12*).

Flebat lacrymis irremediabilibus. (*S. Bonav.*).

Vehementius adhuc lamentis incumbit, acerbiora adhuc assumit suspiria, uberiores parturit lacrymas: facti sunt dolores graviores, acerbiores cruciatus. (*D. Germ. Junior*).

Nunc neque ipsum habet filii aspectum, maximam mœroris succidentem partem. (*Id.*).

Uno perduto filio, omnia perdo. (*S. Bern. de lament. Virg.*).

Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus. (*Thren. I*).

Jacebat illa velut in arctissimo mœroris tumulo. (*S. Amed. homil. V de laud Virg.*).

Sine, Domina mea, sine me flere: tu innocens, ego sum reus. (*S. Bonav.*).

NOTA. Véanse para mayor abundancia en el tomo III las sentencias y figuras que se hallan despues de los sermones sobre los Dolores de Nuestra Señora, pág. 429.